

## Modernismo y generación del 98 como fenómeno histórico, social y estético.

La inmensa mayoría de críticos e historiadores reconocen con unanimidad la existencia de una profunda crisis que se inicia en el año 1885 y que parece indicar la disolución del siglo XIX. Esta “crisis” se manifestará en casi todas las facetas de la vida social, es decir, en la ciencia, la literatura, la religión, el arte o la política. Durante este período histórico (finales del siglo XIX y principios del siglo XX) son muchas y muy variadas las corrientes literarias que integran el arte finisecular hispánico y que se condensarían básicamente en dos grandes movimientos: *Modernismo* y *Generación del 98*.

Ambos movimientos, afirma **Pedro Salinas**<sup>1</sup>, poseen un origen común: nacen como una protesta ante el estado de las cosas, son testimonio del descontento reinante (insatisfacción ante la literatura de la época, tendencia a rebelarse contra las normas estéticas imperantes). Así pues, antes de abordar el análisis y estudio tanto del modernismo como de la generación del 98 desde un punto de vista estético o estilístico sería preciso y oportuno profundizar en el contexto histórico social en el que aparecen, para así poder comprenderlos mejor.

La década de 1895 a 1905 fue una época decisiva en la historia de España. Desde el punto de vista histórico-político, nuestra nación mantiene una serie de conflictos internacionales que desembocan en guerras (Melilla, Cuba, Filipinas) y que conducen a una situación de debilidad progresiva. De hecho, los propios contemporáneos simbolizaron las dimensiones reales de esta crisis de fin de siglo con un término que no admite matizaciones: “*el desastre*”.

Tras la muerte del rey Alfonso XII en 1885, María Cristina ocupa la regencia hasta la mayoría de edad de Alfonso XIII. Este período fue uno de los más nefastos y desastrosos para la historia de España. Se plantearon graves problemas en política exterior:

- Tras varios levantamientos marroquíes, España tuvo que intervenir directamente en 1893. Esta actuación demostró la deficiente organización militar de nuestro país.
- La pérdida de las últimas colonias (Cuba y Filipinas) en 1898 supuso, tal y como ha puesto de manifiesto el historiador Raymond Carr, la destrucción pública de la imagen de España al intervenir una potencia extranjera como Estados Unidos.

En aquellos años, el joven poeta nicaragüense **Rubén Darío** daba testimonio de la situación que vivía España afirmando: “*He buscado en el horizonte español las cimas que dejara no hace mucho tiempo. Cánovas, muerto, Valera, ciego, Campoamor, mudo. No está, por cierto, España para literaturas, amputada, doliente.*”

---

**Salinas, Pedro**<sup>1</sup>, “ El problema del Modernismo en España o un conflicto entre dos espíritus”, del vol “Literatura española. S XX”. Madrid. Alianza Editorial.

No obstante, toda esta situación no es repentina sino que es consecuencia o fruto de los graves problemas políticos y sociales que arrastraba el país. En **política interior** y durante el periodo de la regencia se alternarán en el poder liberales y conservadores casi de forma matemática, lo que supuso una falta de organización de una política coherente a largo plazo. Socialmente los problemas se agudizarán:

- El crecimiento demográfico: gran parte de la población emigró a América pero con la Primera Guerra Mundial fue imposible y se produjo el hacinamiento en las grandes ciudades, unido a la pésima situación de la agricultura (las reformas agrarias quedan en simples proyectos) y a la deficiente industrialización darán cumplida cuenta de los graves problemas sociales que vive el país.

Los escritores de la generación del 98 coinciden en afirmar que el panorama es deprimente y desolador. Según D. Miguel de Unamuno, España es "*un pantano de aguas estancadas*". Por su parte, Maeztu habla de "*parálisis progresiva*", pero es, sin lugar a dudas, Azorín quien mejor nos ha trazado el más despiadado panorama finisecular:

*"El militarismo nos ahoga. Los tributos aumentan, la industria muere, la agricultura decae. El labrador agoniza, roído por la usura y los impuestos. La política es una escuela de criminales, el sufragio es una mentira...."*. "**Anarquistas literarios**" (1895). Esta amplia cita de José Martínez Ruiz, Azorín, en donde la típica frase corta azoriniana se clava como un grito acusador es, sin lugar a dudas, una de las mejores muestras de la aguda y exasperante crisis de fin de siglo.

No obstante, la verdadera crisis, afirma Tuñón de Lara<sup>2</sup>, se produjo en el campo ideológico e intelectual. Así, pues, surgirá en este nivel el *regeneracionismo*, una corriente o movimiento ideológico cuya finalidad será la de reformar y regenerar España. Este movimiento regeneracionista, fuertemente influenciado por el positivismo, nace a raíz de una obra de Lucas Mallada titulada "*Los males de la patria*". Mallada, al igual que otros componentes del movimiento regeneracionista como Joaquín Costa, Ricardo Macías, Picavea o Luis Morote, trazarán una serie de medidas que responderían al lema lanzado por Joaquín Costa de "*despensa y escuela*".

Tuñón de Lara y Alfonso Ortí han puesto de relieve las contradicciones en que se debatió el movimiento regeneracionista ya que, el alcance netamente político de sus objetivos (saneamiento, reformas, democratización del estado) y la repulsa hacia la intervención en la vida política les impidió entrar en el sistema para reformarlo. También los noventayochistas se sentirán unidos en un primer momento por el deseo de reconstruir la maltrecha España. Concretamente, el denominado grupo de los tres (Azorín, Baroja y Maeztu), haciéndose eco de una frase de Ángel Ganivet - "*no debemos cruzarnos de brazos*"- formularon sus teorías para la reforma agraria e industrial y lanzaron sus ataques y críticas al caciquismo y al sistema parlamentario, para poner de manifiesto la necesidad de un cambio político, social y cultural que nos acercara a Europa.

---

Tuñón de Lara<sup>2</sup>, M, "Medio siglo de cultura española". Madrid. Tecnos 1971

Lo peor de todo es que, como más adelante afirmara Maeztu: "*Cuando cansados de dar gritos, nos encontramos dolorosamente con que las cosas seguían como antes*".

Europa participará igualmente en esta crisis finisecular aunque sus consecuencias son quizás menos visibles. Desde el punto de vista ideológico, el magisterio intelectual recaerá en las en las figuras de Schopenhauer, cuyos escritos tendrán una influencia directa sobre escritores como Azorín ("*La voluntad*"), Pío Baroja ("*El árbol de la ciencia*") o Rubén Darío; Nietzsche, creador de una filosofía nihilista; Henry Bergson, quizá el más importante pensador de fin de siglo, el cual pretende sustituir el análisis racional por la intuición, sentando de este modo las bases de un movimiento literario como el simbolismo y, por supuesto, Freud, descubridor del subconsciente y del psicoanálisis y cuya obra influyó decisivamente en los movimientos vanguardistas.

Todas estas novedosas aportaciones provocaron una revolución y una reacción estética en todas las artes: en el ámbito de la música, el gran maestro será Wagner, que con sus composiciones conseguirá una gran atmósfera sonora y orquestal. Manuel Machado relacionó el estilo musical de Wagner con el estilo modernista. En la pintura aparece una nueva corriente: el prerrafaelismo, un arte pictórico que se desarrolló principalmente en Inglaterra y que se caracterizó por la combinación de elementos y cualidades arcaicas, románticas y morales. Entre los pintores españoles, quien mejor captó y plasmó la estética prerrafaelista fue el cordobés Julio Romero de Torres.

Por último, y por lo que respecta al campo de la literatura, hemos de señalar que en este último tercio del siglo XIX se van a desarrollar una serie de movimientos o corrientes literarias entre las que destacan: *el parnasianismo y el simbolismo* que influirán notablemente en la poesía española. El parnasianismo es una corriente literaria que surge en Francia y que tiene entre sus máximos exponentes a los poetas Thèophile Gautier, Thèodore de Banville y Leoconte de Lisle. Estos poetas son exponentes y representantes de esa nueva estética que responde al lema o a la concepción del "*arte por el arte*". El poeta parnasiano, afirmaba Rubén Darío, se encierra en su torre de marfil y desde ella contempla la belleza. Algún crítico ha sugerido que el Modernismo surgió en parte por la influencia de este movimiento poético. De hecho, en la obra literaria de algunos poetas modernistas españoles como Manuel Machado, Salvador Rueda o Francisco Villaespesa encontramos rasgos claramente parnasianos. Con el transcurso del tiempo, el parnasianismo vino a desembocar en el decadentismo, una corriente literaria que exalta lo perverso, lo oscuro e irracional.

El otro gran movimiento literario es el simbolismo, una escuela o movimiento poético constituido en 1886 y que surge como una reacción frente al exceso formal de los parnasianos. Su punto de partida está en "*Las flores del mal*" de Baudelaire, "el poeta maldito", y alcanza su máximo desarrollo con poetas como Verlaine, Rimbaud o Mallarmé. Los poetas simbolistas se alejan de esa belleza externa, de ese esteticismo puro que preconizaban los parnasianos, recurriendo a los símbolos para describir el mundo interior. De este modo, la sinestesia se va a convertir en el instrumento literario que va a caracterizar a la nueva poesía simbolista. No en vano, Rimbaud en un famoso soneto asigna un color diferente a cada vocal. Uno de los precursores de la lírica

## Revista cultural contraclave

simbolista en España es Gustavo Adolfo Bécquer. Junto al parnasianismo y al simbolismo surgirán otros movimientos literarios como el *impresionismo*, movimiento fundamentalmente pictórico (Monet, Renoir, Dégas), que aplicado a la literatura se basa en las descripciones imprecisas, en ofrecer imágenes aisladas, evocadoras y el *expresionismo* literario, donde domina la hipérbole, la caricatura y lo deforme. Todos estos movimientos literarios, sus ideas y sus formulaciones se proyectarán de alguna forma e influirán de un modo significativo tanto en el Modernismo como en la Generación del 98.

Tradicionalmente se suele establecer una distinción entre Modernismo y Generación del 98, pese a que muchos críticos e historiadores de la literatura presentan ambos movimientos como fruto o consecuencia de una misma realidad histórica y estética. No obstante, y aunque muchos escritores de principios de siglo pueden ser adscritos a cualquiera de las dos corrientes literarias, no es menos cierto que contemplados como movimientos diferentes presentan una serie de rasgos temáticos definidos y separables. Esta ha sido la tesis defendida por Pedro Salinas en su magistral ensayo *"El problema del Modernismo en España o un conflicto entre dos espíritus"*, para quien importan más las discrepancias o diferencias que las coincidencias entre ambos. Es evidente que existen una serie de rasgos comunes: insatisfacción ante el estado de nuestras letras, ante la literatura de la época (la poesía de Núñez de Arce y sus discípulos, la novela del Realismo, el teatro de Echegaray,..), rebelión contra las normas imperantes, deseos de cambio. Sin embargo, aceptadas todas estas semejanzas, debemos advertir las profundas diferencias de propósito y de tono:

- El modernismo posee unos horizontes cosmopolitas, los jóvenes escritores modernistas, deslumbrados por París y lo francés, componen una literatura volcada hacia el exterior, que apenas presta atención a otras realidades más hondas y acuciantes. *"París -confiesa Rubén Darío- se convirtió en esa mágica ciudad con la que soñaba desde mi infancia, hasta tal punto que le pedía a Dios en mis oraciones que no me dejara morir sin conocer París". "París era para mí -continúa Rubén Darío- como una especie de paraíso en el que se respiraba la esencia de la felicidad terrestre"*. Por el contrario, el movimiento generacional del 98 posee un marcado acento nacional. España se convierte así en el vértice de todas sus preocupaciones.

Aquellos jóvenes escritores del 98, que volvían su mirada hacia la vieja Castilla, componían una literatura más próxima a la realidad profunda del hombre y de las cosas y, por consiguiente, no practicaban esa "actitud evasiva y escapista" del Modernismo. El grito unamuniano de *"adentro"* resulta bastante definitorio de esa actitud vital de la generación del 98.

Cuatro versos de Antonio Machado que aparecen en su poema *"Autorretrato"* de *"Campos de Castilla"* (1912), *"Adoro la hermosura y en la moderna estética...."* le sirvieron a Pedro Salinas para poner de manifiesto o para establecer la dicotomía Modernismo/Generación del 98, pues a su juicio, el poeta señala así su alejamiento del esteticismo modernista que se le representa como una cosa de tocador o como inconsecuente trino de pájaro. Sin embargo, no debemos olvidar que los comienzos de Antonio Machado (*"Soledades, galerías y otros poemas"* 1903) deben mucho a esa estética modernista.

Otra de las diferencias que indica o señala Pedro Salinas responde a un criterio genérico. El Modernismo, afirma el poeta del 27, es un movimiento fundamentalmente poético, lírico (no debemos olvidar la prosa modernista de Valle-Inclán o Juan Ramón Jiménez con “*Platero y yo*”) mientras que los escritos de la generación del 98 se centran casi exclusivamente en la prosa narrativa. Modernismo es un hecho hispánico y el 98 es exclusivamente español. Modernismo argumentará Pedro Salinas es técnica, el 98 es actitud vital. El escritor modernista es básicamente el poeta de la belleza, de los sentidos, del cromatismo frente el escritor del 98 que camina por su frustración interior.

Esta línea divisoria trazada entre ambos movimientos literarios por Pedro Salinas ha sido apoyada y reforzada por otros autores. Tal es el caso de Guillermo Díaz Plaja, quien en un excelente estudio crítico que lleva por título “*Modernismo frente a 98*”, considera que el rasgo más significativo que los diferencia reside en su actitud ante el lenguaje: artificiosidad frente a naturalidad; retoricismo frente al antirretoricismo del 98; esteticismo frente a sobriedad, austeridad; musicalidad frente a enriquecimiento funcional; lenguaje minoritario frente lenguaje válido para todos. No obstante, estas distinciones que llevan a cabo Díaz Plaja y Pedro Salinas, entre otros, no aparecen siempre tan claras. No en vano, el propio Salinas posteriormente declararía: “*Es errónea y artificiosa la tentativa de dividir tajantemente a los autores del nuevo siglo en dos campos cerrados, Modernismo y Generación del 98, ya que tanto una modalidad como la otra laten en todos y a todos animan*”.

A pesar de todo, esta dicotomía se ha seguido manteniendo por cuestiones didácticas, triunfando en los manuales y libros de texto. En la actualidad, y desde corrientes críticas muy diversas, se ha puesto de manifiesto la imposibilidad de tal separación. No debemos olvidar que ya en 1934 Federico de Onís y el propio Juan Ramón Jiménez en 1953 fueron conscientes desde el principio de la dificultad de deslindar ambos movimientos, debido principalmente a que tanto Modernismo como Generación del 98 responden a la misma situación político-social del momento y ambos abogan por la fusión arte-vida. Por este motivo, las tendencias críticas más actuales se muestran partidarias de agrupar a todos estos escritores bajo una denominación común: “*Generación de fin de siglo*”, término que no ha calado hondo en la historia literaria española. Llegados a este punto y una vez trazadas las semejanzas y diferencias existentes abordaremos el estudio de estos dos movimientos literarios de finales del siglo XIX y principios del siglo XX.

El término Modernismo se comenzó a aplicar en España con un matiz rotundamente despectivo para designar y calificar a un grupo de pensadores de fines del siglo XIX que trataban de conciliar la fe tradicional con lo moderno. Sin embargo, este término se hizo extensible a otros ámbitos como la literatura, convirtiéndose de este modo en un concepto fundamental de nuestra historia literaria. Desde el principio, el Modernismo se vinculó a una actitud de rebeldía contra los dogmas. Con todo, el concepto de Modernismo, afirma Ricardo Gullón<sup>3</sup>, dista aún de poseer perfiles unánimamente establecidos.

---

**Ricardo Gullón<sup>3</sup>**, “ El concepto de Modernismo en la crítica hispánica”. Madrid. Gredos

## Revista cultural contraclave

Básicamente, dos son las posturas críticas respecto a este movimiento:

- La concepción más estricta considera al Modernismo como un movimiento literario bien definido que se desarrolla aproximadamente entre 1885 y 1915 y cuya cima es Rubén Darío.
- Por contra, hay quienes piensan que el Modernismo no sería un simple movimiento literario sino una época y una actitud. Tal interpretación ha sido defendida por Federico de Onís, que define al Modernismo como *"la forma hispánica de la crisis universal del espíritu y de las letras que inicia hacia 1885 la disolución del siglo XIX."*

Unos años más tarde, el propio Juan Ramón Jiménez declararía: *"lo que se llama Modernismo no es una cosa de escuela ni de forma sino de actitud"*. Para Juan Ramón el Modernismo supone *"el encuentro de nuevo con la belleza, sepultada durante el siglo XIX por un tono mediocre general de la poesía burguesa"*. De este modo, los signos de una renovación en la lírica castellana se van haciendo cada vez más visibles a partir de 1880 tanto en España como en Hispanoamérica. Pero es indudablemente en Hispanoamérica, cuna del Modernismo literario por antonomasia, donde este movimiento inició su andadura, llegando a su máximo esplendor con la publicación en 1888 de *"Azul"* de Rubén Darío. Tras *"Azul"*, el joven poeta nicaragüense, calificado por sus contemporáneos como el gran capitán de la lírica, publicaría en 1896 *"Prosas profanas"* y en 1905 *"Cantos de vida y esperanza"*, dos poemarios con los que adquirió un notable éxito.

La implantación y desarrollo del Modernismo en nuestra literatura fue un proceso tardío. El magisterio poético ejercido por Rubén Darío es indiscutible, hasta tal punto que como señala Pedro Salinas, su papel ha sido comparado con el de Petrarca en nuestra poesía renacentista. Premodernistas o precursores del Modernismo en España fueron, tímida y modestamente, Ricardo Gil, Manuel Reina y, sobre todo, el malagueño Salvador Rueda, quien pese a su escasa formación poseyó una notable intuición para captar las novedades de las nuevas tendencias que flotaban en el ambiente, así como una especial sensibilidad para los valores cromáticos y musicales como puso de manifiesto en su poemario *"En tropel"* (1893). No obstante, será a partir de la publicación de la revista *"Helios"*, fundada entre otros por Juan Ramón Jiménez, cuando el movimiento modernista se implante definitivamente en nuestras letras. El propio Juan Ramón le confesaba a Rubén Darío, a quien pedía colaboración para *"Helios"*: *"Vamos a hacer una revista literaria seria, una revista que sea alimento espiritual"*.

Entre los escritores modernistas españoles más destacados figura Manuel Machado calificado por Juan Manuel de Prada como ese *"gran torero de la rima"*, poeta que tuvo en el Modernismo su punto de arranque con su poemario *"Alma"*, aunque después se independizó para seguir un derrotero más propio. En un plano notablemente inferior se encuentra Francisco Villaespesa, sin lugar a dudas, el militante más entusiasta. Tras su muerte afirmó Juan Ramón: *"Es todo el Modernismo exotista"*. Así mismo, en la órbita del Modernismo se sitúan tres grandes escritores: Valle-Inclán, máximo representante en su primera época de la prosa modernista española con sus *"Sonatas"*, Antonio Machado que inicia su obra poética dentro de un Modernismo que podríamos calificar de intimista y Juan Ramón Jiménez, quien cultivará durante algún tiempo una poesía

## Revista cultural contraclave

"envuelta en los ropajes del Modernismo". Bajo esta tendencia se inscriben poemarios como "La soledad sonora", "Poemas mágicos y dolientes" y "Sonetos espirituales".

Así mismo, el Modernismo es un movimiento de renovación que bebe y se nutre de muy diversas fuentes. La influencia francesa es totalmente perceptible y dos serán los movimientos literarios que se toman como modelo: el parnasianismo y el simbolismo. De los poetas parnasianos se toma la concepción de la poesía como expresión de la belleza, el anhelo de perfección formal, el gusto por los temas exóticos así como la importancia de los valores sensoriales. En este sentido, Pedro Salinas decía que el Modernismo era una "literatura de los sentidos".

De los simbolistas se recoge el arte de sugerir, el poder de la sugestión y la búsqueda de efectos rítmicos y sonoros. No hay que olvidar que las innovaciones métricas es uno de los aspectos más sobresalientes de la estética modernista, que responden a esa necesidad de dar musicalidad al verso. El verso preferido más empleado por los poetas modernistas es, sin duda, el verso alejandrino, que es enriquecido con nuevos esquemas acentuales. Junto al verso alejandrino también seguirán cultivando otros versos más consagrados en la tradición poética como el endecasílabo o el octosílabo. Así pues, la métrica modernista se enriquece con múltiples artificios complementarios: uso especial de rimas agudas o esdrújulas, rimas internas, armonías vocálicas o paralelismos y simetrías de construcción que refuerzan el ritmo. Desde el punto de vista estilístico, el léxico se enriquece con cultismos y voces de exóticas resonancias. La adjetivación adquiere un valor puramente ornamental: "ebúrneo cisne, bosque hiperbóreo, alma áptera". Las aliteraciones, los simbolismos fonéticos, las audaces sinestesias así como la riqueza de imágenes no pocas veces deslumbrantes ("La poesía es la camisa de mil puntas cruentas que llevó sobre el alma" dirá Rubén Darío) son algunos de los recursos estilísticos que emplean los modernistas, fruto de ese prodigioso manejo del idioma.

Junto a la influencia del parnasianismo y del simbolismo, debemos añadir el influjo que ejerció el Romanticismo. De hecho, Unamuno definió al Modernismo como "el mismo Romanticismo que renace". En efecto, son notables las afinidades y semejanzas de talante entre románticos y modernistas: análogo malestar, parecida sensación de desarraigo y soledad, rechazo de una sociedad en la que no tiene cabida la poesía. Del propio Rubén Darío son estas palabras que reproducimos literalmente: "Yo detesto la vida y el tiempo en que me tocó nacer".

"El poeta, afirmaba Juan Ramón Jiménez, en todo hallará motivo para sentirse o mostrarse melancólico: frente a un paisaje, frente a una mujer, frente a la vida, analizándose interiormente". Por lo tanto, la influencia de Gustavo Adolfo Bécquer será totalmente manifiesta. El tono intimista y sentimental becqueriano estará presente en poetas como Rubén Darío, Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, Leopoldo Lugones, José Asunción Silva o el cubano José Martí, que es considerado el verdadero precursor del movimiento modernista. En suma, el Modernismo hispánico es, en buena medida, una síntesis de estas tres corrientes literarias que se entrelazan: parnasianismo, simbolismo y romanticismo. La importancia de este movimiento literario es decisiva en ese ansia de renovación de la palabra y del lenguaje poético y aunque más tarde se desechen gran parte de sus galas retóricas –recuérdese el famoso lema lanzado en 1911 por el poeta hispanoamericano González Martínez de "túrcele el cuello al cisne de engañoso plumaje" - el Modernismo quedará como ejemplo de inquietudes artísticas y

## Revista cultural contraclave

de libertad creadora. Tras haber abordado en líneas generales los aspectos más relevantes del Modernismo nos ocuparemos del análisis de la generación del 98.

Fue Azorín quien propuso en 1913 en una serie de artículos en el diario ABC el marbete de “*generación del 98*”, que acabaría imponiéndose a otros apelativos que circulaban por aquel entonces como el de “*generación del desastre*” propuesto por Gabriel Maura y Andrés González Blanco. La aparición de esta generación de jóvenes intelectuales, movidos por un espíritu de protesta y rebeldía supuso, al decir de Azorín, un nuevo Renacimiento en nuestra literatura, que instaura la modernidad en la anquilosada literatura española. Como ha declarado Andrés Trapiello en “*Los nietos del Cid*”, sin duda el libro más lúcido y apasionado que se ha escrito sobre esta generación, “*el principal error entre los del 98 fue pensar que la literatura, y aún la historia de España empezaba en ellos*”.

Según Martínez Ruiz, “Azorín”, integrarían la generación del 98, a parte de él mismo, escritores como Unamuno, Baroja, Maeztu, Valle-Inclán “hijo pródigo del 98”, Benavente y Rubén Darío. Sorprende, no obstante, que no cite a Antonio Machado (miembro epigonal) ni a Ángel Ganivet, considerado un precursor. Sin embargo, ha de advertirse que según Azorín, los rasgos que permiten agrupar a tales autores son, no sólo un espíritu de protesta sino también un profundo amor al arte y entre las influencias que señala están las de parnasianos y simbolistas. Queda claro, pues, que tal generación no es para Azorín algo deslindado del Modernismo ni opuesto a él. Pero, cabría plantearse la siguiente pregunta: ¿Puede realmente hablarse de generación del 98?. Es ésta una cuestión que está aún sin resolver y que ha suscitado innumerables polémicas. En 1935 Pedro Salinas en su ensayo “*Concepto de generación literaria aplicado a la del 98*”, basándose en una serie de postulados desarrollados por el hispanista Petersen, aplicó el concepto de generación literaria a la del 98. Así, pues, enumeró una serie de rasgos comunes tales como la coincidencia cronológica, la existencia de una formación intelectual semejante, las intensas relaciones personales entre los miembros del grupo (asistieron a tertulias, colaboraron en periódicos y revistas sobre todo en su primer momento) o el acontecimiento histórico que une sus voluntades, que fue evidentemente el desastre de 98, como lo reconoció el propio Azorín.

La presencia o existencia de un guía es un requisito difícil de ver cumplido. Así lo reconoce el propio Salinas que considera que tal papel de guía lo desempeñó el filósofo alemán Nietzsche, a quien todos admiraron. Junto a Nietzsche, un estímulo o modelo lejano en el tiempo para los noventayochistas fue Larra, cuya preocupación por España coincide con la de los escritores del 98. Otro rasgo es el anquilosamiento de la generación anterior, algo que parece evidente. Nada decisivo aportan ya los escritores de la Restauración: Pereda, Valera, Galdós y Campoamor. Pedro Salinas precisará: “*El Modernismo, a mi entender, no es otra cosa que el lenguaje generacional del 98*”.

En suma, no se puede decir que todos estos requisitos se cumplan exhaustivamente, pero ¿Puede entonces hablarse de un grupo compacto (generación del 98) contrapuesto al de los modernistas?. Tal oposición o contraposición ha sido ampliamente desarrollada por Guillermo Díaz Plaja en su libro “*Modernismo frente a 98*”, una postura que prevalecería durante muchos años. Parecida es la opinión de Pedro Laín Entralgo quien en su excelente ensayo “*La generación del 98*” se mostró partidario de esta tesis y reconoce la existencia de dicho grupo generacional.

## Revista cultural contraclave

*"A pesar de la acusada personalidad de cada uno de ellos, afirma Laín Entralgo, les une su amor crítico a España, el juicio negativo del pasado y el anhelo y deseo de una España mejor".*

Sin embargo, ya en aquellos años surgieron voces críticas. Unamuno se mostró reticente ante la idea de una generación del 98. Por su parte, Baroja afirmaría tajantemente: *"Yo no creo que haya habido ni que haya una generación del 98. Si la hay, yo no pertenezco a ella"*.

Entre los que niegan el concepto de generación del 98 se encuentra Ricardo Gullón que en 1969 publicó un interesante ensayo con el título de *"La invención del 98"*. Gullón considera que el invento del 98 es un suceso perturbador y regresivo, pues rompe la unidad de la literatura española de principios de siglo. *"Hay un solo y amplio movimiento cuyos rasgos esenciales son tanto la rebeldía como la renovación del lenguaje en la poesía y en la prosa. Y el nombre que cuadra a tal movimiento es el de Modernismo"*. Semejante es la opinión de José Carlos Mainer: *"Hablar de generación del 98-dice- es una falsificación"*. A esta dura crítica se ha sumado recientemente un joven novelista, Juan Manuel de Prada, que ha publicado un artículo que lleva por título *"Una generación de ególatras"*. *"Tendemos a imaginar, afirma de Prada, a aquellos escritores como una especie de banda sinfónica, cuando más bien fueron solistas irreconciliables"*. *"Aunque su congregación en torno a la fecha de 1898 sea un artificio urdido por Azorín y aceptado con júbilo por los taxidermistas de la literatura, fueron todos ellos individualistas feroces"*.

Aún aceptando esto y teniendo en cuenta que cada escritor posee un estilo fuertemente individualizado, no es menos cierto que comparten una serie de rasgos comunes. En todos se percibe lo que un escritor coetáneo, Joan Maragall, denominó el *"sentido de la sobriedad"*, que enlaza con esa manifiesta voluntad antirretórica que va acompañada de un exigente cuidado del estilo. La preocupación por España es otra de las constantes comunes en la generación del 98. El tema de España se enfocará generalmente con tintes subjetivos. En efecto, el subjetivismo es lo que caracteriza tanto la exaltación redentora de Unamuno, como la visión impresionista de Azorín o el escepticismo del Baroja maduro. Para el 98, la contemplación de España se lleva a cabo principalmente a través de su historia, su literatura y, sobre todo, de su paisaje. Recordemos la certera afirmación de Unamuno de que *"el paisaje es patria"*. No en vano, el paisaje se convirtió en un elemento esencial de la literatura noventayochista.

Escribía Don Miguel de Unamuno en su ensayo *"Andanzas y visiones españolas"*: *"Yo no he encontrado todavía paisaje feo ni comprendo cómo hay quien lo encuentre. Hay tierras tristes, tristísimas, desoladas, esteparias pero muy hermosas, solemnemente hermosas"*. Por lo general, las descripciones paisajísticas, sobre todo si pensamos en Baroja, Azorín y Machado, están construidas a base de pinceladas minuciosas y exactas, dotadas de notas cromáticas y auditivas. No olvidemos la afirmación azoriniana de *"la generación del 98 ama los viejos pueblos y el paisaje; se esfuerza en acercarse a la realidad"*.

Otro de los elementos singulares que adquieren un gran relieve son las preocupaciones existenciales. La soledad, la angustia por el paso del tiempo, los interrogantes sobre el sentido de la vida, sobre el destino del hombre se encuentran presentes en las obras literarias de los escritores de 98, muy especialmente en Unamuno. Esto ha provocado que se les haya considerado precursores del existencialismo. Así mismo, los escritores del 98 contribuyeron poderosamente a la renovación literaria de principios de siglo, una renovación que afectó a todos los géneros literarios: novela teatro y lírica.

En definitiva, Modernismo y 98 son, en realidad, las dos caras de una misma ruptura. La renovación estética llevada a cabo por modernistas y noventayochistas es de tal magnitud y tales son sus logros literarios que, no en vano, toda la crítica especializada coincide en afirmar que se ha abierto con ellos una nueva etapa, la denominada “*Edad de plata*” de nuestra literatura.

## **BIBLIOGRAFÍA**

- CANO, J.L.: “El tema de España en la poesía española contemporánea” . Madrid, Revista de Occidente. (1964)
- GULLÓN, Ricardo: “El concepto de Modernismo en la crítica hispánica”. Madrid. Gredos. (1971)
- LAÍN ENTRALGO, Pedro : “ La generación del 98”. Madrid. Artes Gráficas Diana. ( 1945)
- MAINER, José Carlos: “Modernismo y 98” (vol 6 de la “Historia y crítica de la Literatura española”). Barcelona. (1980)
- SALINAS, Pedro: “ El problema del Modernismo en España o un conflicto entre dos espíritus”, del vol “Literatura española. S XX”. Madrid. Alianza Editorial.
- TUÑÓN DE LARA, M : “Medio siglo de cultura española”. Madrid. Tecnos (1971).